

¡FUEGO! ¡FUEGO! ¡FUEGO!

N.º 397
UN SERMÓN
PRONUNCIADO EL DOMINGO POR LA MAÑANA, 23 DE JUNIO DE 1861
POR EL REV. C. H. SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

«Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti.» (Isaías 43:2)

Antes de que expliquemos la metáfora del texto, sería bueno que observáramos que no estamos lo suficientemente agradecidos, me temo, por la preservación que Dios nos concede del fuego. Ser despertado en la oscuridad de la noche con un grito alarmante, y encontrarse uno mismo, a sus hijos y a sus bienes en peligro de ser consumidos inmediatamente, no debe ser una pequeña prueba.

He sentido una gratitud extrema a Dios porque, mientras a diestra y siniestra las llamas han rugido, Él se ha complacido en conservar para nosotros este templo de nuestras solemnidades, este lugar donde nos deleitamos en adorar. ¿Y no es justo que todos y cada uno de nosotros le rindamos nuestro sincero agradecimiento por preservar nuestras moradas, por proteger el techo bajo el cual descansamos, permitiéndonos salir y entrar con perfecta seguridad?

O, quizás, esta mañana me dirija a algunos que han escapado de en medio de los fuegos. Que tales personas no solo bendigan a Dios por su preservación en el pasado, sino que celebren su bondad al arrancarlos como tizones del incendio. Que estén extremadamente agradecidos a Dios de que, mientras otros hoy yacen como un montón negro de cenizas, quienes ayer eran hombres vivos, nosotros seguimos en la tierra de los vivientes, sin quemarnos ni chamuscarnos.

Al menos a muchos de ustedes les tocó en suerte, durante la semana pasada, y de nuevo anoche, presenciar un incendio de una grandeza espantosa, en el que lenguas de fuego, montañas de fuego y columnas de humo, ofrecieron un espectáculo digno de contemplar con interés, mientras producía terrores y aprehensiones capaces de silenciar a la multitud más salvaje.

Para ustedes y para mí es una gracia común el ser preservados día tras día y noche tras noche del elemento devorador. Sin embargo, cuando la terrible catástrofe está a la vista —cuando aquellos a quienes conocemos personal o de fama son víctimas— y cuando al mismo tiempo observamos con una sensación de nuestra propia seguridad presente —entonces, ciertamente, debemos expresar una gratitud a Dios mayor de lo común por mercedes que en otras ocasiones somos demasiado propensos a pasar por alto desatendidas, como si fueran solo los efectos de una Providencia común.

Nunca se pronunció una frase más verdadera que aquella en que alguien dijo: *«Estas misericordias no se valoran hasta que se pierden, y estas preservaciones no se estiman hasta que se retiran.»* Demos gracias a Dios mientras tenemos las misericordias, no sea que Él se provoque por nuestra ingratitud y saque su vara y nos azote. Entonces, en verdad, podríamos clamar bajo el dolor, y desear y anhelar tener nuestras misericordias de vuelta.

Hasta aquí no podía en mi conciencia retener, en un momento en que hay juicios a nuestro alrededor suficientes para hacernos temblar, y misericordias suficientes en los pequeños círculos del hogar para hacernos extremadamente agradecidos. Tomemos ahora el texto en su verdadera significación.

Por supuesto, el caminar por el fuego aquí se refiere a la forma más severa de tribulación. Al comienzo del versículo, la tribulación se describe como pasar por el agua. Esto representa la influencia abrumadora de la prueba, en la que el alma a veces queda tan cubierta que se asemeja a un hombre hundiéndose en las olas.

«Cuando pases por los ríos» (Isaías 43:2) —esos torrentes de montaña que con fuerza terrorífica suelen ser suficientes para arrastrar a un hombre. Esto expresa la fuerza de la tribulación, el poder con el que a veces levanta a un hombre del punto de apoyo de su estabilidad y lo arrastra consigo. «Cuando pases por los ríos, no te anegarán.» (Isaías 43:2)

Pero el caminar por el fuego expresa no tanto el carácter abrumador y el poder perturbador de la tribulación como el poder real de consumir y destruir de la tribulación y la tentación. La metáfora es más vívida, por no decir más terrible, que la empleada en la primera frase, y sin embargo, por vívida y terrible que sea, ciertamente no es una figura demasiado fuerte para ser utilizada como emblema de las tribulaciones, tentaciones y aflicciones por las que la iglesia y el pueblo de Dios han sido llamados a pasar.

Podemos apreciar la riqueza de la promesa en proporción al carácter asombroso de la metáfora, y debemos valorar el privilegio que confiere en la proporción precisa del carácter terrible del peligro contra el cual nos preserva. «Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti.» (Isaías 43:2)

Hablaremos de tres cosas, esta mañana, según el Espíritu Santo nos capacite. Primero, un camino terrible —caminar por el fuego. Segundo, un peligro espantoso —el peligro de ser quemado y completamente consumido. Y tercero, un doble seguro —«No te quemarás, ni el fuego prenderá en ti.»

I. Primero, entonces, hablemos un poco sobre este CAMINO TERRIBLE.

La hueste sacramental de los escogidos de Dios nunca ha tenido un camino fácil para viajar. Veo los campos en llamas, la pradera arde, los cielos mismos son como un horno, y las nubes parecen estar hechas más de fuego que de agua. A través de esa pradera yace el camino al cielo; bajo ese cielo resplandeciente, toda la iglesia de Dios debe hacer su viaje perpetuo.

Comenzó al principio en fuego, y su misma gloria al final tendrá lugar en medio del ardiente perecer de todas las cosas. Cuando por primera vez hubo una iglesia de Dios en la tierra, en la persona de Abel, fue perseguida; Caín levantó su cruel garrote para matar a su hermano. Y cuando los hijos de Set fueron los representantes de los escogidos de Dios, fueron sin duda objeto de la burla y el escarnio de los descendientes de Caín.

Noé, el predicador de justicia, soportó durante sus ciento veinte años la dureza de corazón y la despreocupación de un mundo irreflexivo. Él y su familia, que fueron el remanente de la iglesia en la última parte de aquellos días, estuvieron constantemente expuestos a la risa y la persecución de los hombres. Cuando Dios hubo destruido la tierra con agua, y toda la raza humana estaba contenida dentro del arca, uno pensaría que entonces, ciertamente, la iglesia dentro del arca estaría a salvo de la molestia.

Pero no, encontramos a Cam listo para detectar los defectos de sus padres, y sin duda un cabecilla de todo lo que era vil y vicioso, así como tenemos razones para esperar que algunos de sus hermanos se adhirieron al Dios más verdadero. Desde ese día en adelante, ya sea que leas la vida de Abraham, o Isaac, o Jacob, sigue siendo cierto: *El que es nacido según la carne persigue al que es nacido según el Espíritu.*

Ya sea que te remitamos a la historia de Israel junto a los hornos de ladrillo de Egipto, o a la hueste de Dios constantemente acosada por los merodeadores amalecitas, aún encontrarás que es cierto que a través de mucha tribulación el pueblo de Dios debe abrirse camino hacia Canaán.

Y si miras más allá en la historia, entre David y Saúl, entre Ezequías y Senaquerib, entre los fieles seguidores de Dios después del cautiverio que reconstruirían el templo, y Sambalat el horonita, entre los Macabeos y Antíoco Epífanés, siempre debe conservarse una contienda mortal, para que se vea que el mundo debe odiar al pueblo de Dios, y debe acosarlo y tratar de cazarlo, mientras que ellos, por otro lado, deben seguir firmemente su marcha hacia adelante a través de oleadas de fuego hasta que lleguen finalmente a su reposo eterno.

Encuéntrame la morada de la iglesia de Dios y puedo oler el horno no muy lejos. Muéstrame al seguidor del Dios de Abraham y pronto encontraré la hueste de enemigos listos para el ataque. Hasta los días del Salvador, el reino de los cielos sufrió violencia, no solo de sus amigos que lo tomarían, sino de aquellos enemigos que lo asaltarían.

Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Berequías, el camino de la iglesia ha sido rociado de sangre. Desde ese día, ¿qué lengua puede contar los sufrimientos del pueblo de Dios? Desde que Cristo se convirtió en mártir además de Redentor, ¿ha habido una época en la que el pueblo de Dios no se ha sentido en algún lugar u otro que no es del mundo, y que el mundo no lo ama porque no es del mundo?

En tiempos apostólicos, Esteban expira bajo una lluvia de piedras. Santiago es muerto a espada. Ciertos otros santos son vexados. Los creyentes son esparcidos. El león romano emprende la lucha. Nerón se deleita en la sangre de los cristianos, y unge a los confesores de aquella santa fe con pez, y los coloca en sus jardines para que fueran literalmente, como lo eran espiritualmente, las luces del mundo.

Que las catacumbas de Roma den testimonio de sus vidas de sufrimiento y que el Capitolio dé testimonio de sus terribles muertes. Que las antiguas mazmorras, algunas de las cuales aún permanecen, testifiquen de los lugares donde consumieron sus vidas sombrías, y que el Campo de Marte, teñido de sangre, aún muestre dónde entregaron alegremente esas vidas por Cristo.

¡Oh, si las tierras pudieran hablar, si la tierra pudiera vomitar su sangre —qué historias podrían aún contarse de la forma en que fueron masacrados! Algunos fueron torturados, otros aserrados por la mitad, algunos apedreados, y otros quemados hasta la muerte— aunque de ellos el mundo no era digno. Todos los emperadores romanos, con pocas excepciones, fueron perseguidores, y los emperadores cristianos fueron tan malos como los paganos, pues los emperadores cristianos no eran cristianos, ni eran miembros, según creo, de una iglesia cristiana.

LA iglesia cristiana, y especialmente aquella iglesia de la cual todavía somos miembros —que nunca ha manchado sus vestiduras, sino que, al no haber tenido nunca ninguna alianza con la Iglesia de Roma, nunca ha necesitado ser reformada— esa iglesia bajo sus diferentes nombres, paulicianos, novacianos, albigenses, lolardos, wyclifitas, anabaptistas, bautistas— siempre ha sufrido.

No importa qué estado, qué iglesia, haya sido dominante —ya sea cristiana o anticristiana— la iglesia pura de Cristo siempre ha sido víctima de persecución, y aunque ella nunca ha perseguido, sino que siempre ha mantenido inviolable la desunión del estado y un odio absoluto a todas las leyes que atarían la conciencia del hombre, sin embargo, ha sido especialmente desposeída, afligida y

atormentada, y si hoy tiene un pequeño respiro, quizás se deba más a la timidez que nos ha hecho retener nuestros sentimientos, que a cualquier caridad hacia nosotros mismos.

Encuentra la iglesia de Cristo dondequiera que quieras, y la encontrarás escarnecida y despreciada por el hombre. Encuéntrala en Escocia, y sus *Covenanters* tienen que esconderse en medio de la montaña y leer la Palabra de Dios al destello del rayo para escapar de los dragones de Claverhouse.

Encuéntrala en Inglaterra, ¿y dónde estaba ella? No en las catedrales de sus ciudades, sino en las mazmorras de sus pueblos rurales, como Bedford con John Bunyan. No entre los grandes y nobles que eran los perseguidores, sino entre los pobres y conscientes que eran los perseguidos.

«Si quieres encontrar a los borrachos y pecadores de la peor calaña —dijo uno de nuestros predicadores en tiempos de Cromwell o antes— puedes encontrarlos en la iglesia y el Estado, pero si deseas encontrar a los hombres que son santos y que sirven a Dios, debes buscarlos en las mazmorras de los criminales, porque es allí donde han sido arrojados por los poderes constituidos.»

En todas partes, desde el primer día hasta ahora, no es respetable ser seguidor de Cristo. Si seguimos a Cristo plena y fielmente delante de Dios, no es equitativo y digno de alabanza delante de los hombres. Tomar su cruz y realizar las ceremonias que Él ordena, es algo que el hombre aborrece. Adherirse a verdades que nunca fueron ni pueden ser agradables a la mente carnal del hombre, es y siempre ha sido, excitar animosidad.

El camino de la iglesia, entonces, ha sido de fuego y llamas. Como ha sido así con la iglesia, podemos sospechar que hay alguna razón para ello —y esa razón ha de encontrarse en el gran hecho de que la iglesia está en tierra enemiga. No está entre sus amigos —es peregrina y extranjera sobre la tierra. Es un ave que ha perdido su lugar, y todas las aves a su alrededor están en su contra, porque es de plumaje abigarrado y no pertenece al rebaño común.

Si fuéramos del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero *«porque —dijo Cristo— vosotros no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo; por eso el mundo os aborrece.»* *«Sabéis —dijo Él— que me aborreció a mí antes que a vosotros.»*

Los verdaderos cristianos son extranjeros, forasteros, hombres que hablan otro idioma, hombres que son impulsados por motivos diferentes, hombres que viven para fines distintos —que se rigen por máximas diferentes del resto de los hombres de este mundo. Por lo tanto, su camino debe ser de prueba y oposición.

Todo lo que el cristiano enseña va tan directamente en contra de los placeres del mundano y de su ganancia, que no es de extrañar que se nos oponga. Los hombres odian el Evangelio porque el Evangelio no los agrada. Aquella iglesia que no atrae sobre sí misma el odio de los impíos mediante un testimonio fiel contra sus pecados, nunca es fiel a su Cristo ni a sí misma.

Le ha ido bien a la iglesia cuando ha sido perseguida y su camino ha sido a través del fuego. Sus pies están calzados con hierro y bronce. No debe pisar caminos sembrados de flores. Su lugar propio es sufrir. Cristo redimió al mundo con agonías y la iglesia debe enseñar al mundo con el ejemplo de su angustia.

En primer lugar, la sangre de Cristo fue derramada meritoriamente, y después la sangre de su iglesia es derramada testimonialmente, para ganar al mundo por medio del sufrimiento. Cuando oyes hablar de la masacre de cristianos en Madagascar, llora por su muerte, pero no te desanimes por completo. Esta es una buena obra. Así es como crece la iglesia.

No hay pérdida en el ejército de Cristo cuando los mejores predicadores caen y los evangelistas más poderosos son condenados a muerte. No están perdidos, la sangre está bien derramada y gloriosamente bien gastada. Está comprando la victoria. Está procurando coronas para Jesucristo. Al fin y al cabo, está logrando resultados más elevados muriendo de los que se podrían haber logrado haciendo.

Es bajo el fuego de artillería más pesado donde los leales, los valientes y los verdaderos realizan las hazañas más atrevidas de valor. Cuando un héroe cae, de sus cenizas surgen otros héroes. El puesto de peligro es el puesto de honor, por lo tanto, se encontrarán nuevos aspirantes dispuestos a liderar la brigada.

Además, amigos míos, si el camino de fuego es siempre un camino de terror, a menudo es un camino de progreso. Por melancólico que sea observar las ruinas de una conflagración, mientras las brasas moribundas arden lentamente, ¡cuántas veces habrán observado edificaciones más majestuosas erigidas para reemplazar las estructuras que han sido consumidas! Así, los desastres terribles se convierten en estímulo para la industria y alimento para la empresa.

Sin duda, los sufrimientos de la iglesia, y el hecho de que tenga que pasar por el fuego, deben atribuirse a la gran verdad de que así su Dios es glorificado.

Hermanos, ustedes y yo no glorificamos mucho a Dios, porque tenemos muy poco que sufrir. La corona roja como la sangre del martirio es un objeto de ambición tal, o debería serlo, para el creyente, que casi podría lamentar que no esté en su poder acuñarla. ¡Nosotros! ¿Qué sufrimos? Alguien calumnia nuestro carácter. ¿Qué es eso? Alguien nos insulta en el periódico, ¿qué es eso?

Se nos acusa de un crimen u otro. ¿Qué puede importarle a un hombre que sabe que su conciencia está en lo correcto a la vista de Dios? ¿Qué le importa si todas las lenguas parlanchinas de todos los mentirosos de la tierra y del infierno se desataran contra él? Él puede soportar todo eso y aguantarlo tranquilamente. No es nada. Cuando leo las historias del *Libro de los Mártires*, y noto cómo nuestros

grandes reformadores lucharon por Cristo y ganaron la victoria con valentía, me avergüenzo de nosotros mismos.

¡Pero, hermanos, vivimos en tiempos tan sedosos que la gloria apenas nos es posible! Tenemos mucho que hacer, pero nada que sufrir. No podemos probar nuestro amor a Cristo como ellos lo hicieron. Ellos, en verdad, fueron un pueblo altamente honrado al que se le permitió glorificar a Cristo incluso en el mismísimo fuego. Mírenlo bajo esta luz —y las ligeras aflicciones que tienen que soportar parecerán no ser nada en absoluto— cuando piensen en el peso de gloria que traerán a su Señor y a ustedes mismos.

Pero así como la historia confirma la afirmación de que la iglesia de Cristo debe caminar por el fuego, así también la historia de cada cristiano individual le enseña que él también debe caminar por el fuego.

«El camino del dolor, y ese camino solo, lleva a la tierra donde el dolor es desconocido.»

A través de mucha tribulación debemos heredar el reino. No piensen que es algo extraño cuando les sobrevenga la prueba de fuego. Si tienen las aflicciones comunes del mundo, no se asombren. Deben tenerlas. Lo mismo les sucede tanto a los malos como a los buenos. Pierden en los negocios, tienen reveses y desilusiones —no se tambaleen por esto en el camino al cielo. Deben tenerlas —son necesarias para su salud espiritual.

Peor que eso, tienen tentaciones extrañas —son colocados en una posición donde están constantemente expuestos al pecado. Debe ser así. Este también es el camino del pueblo de Dios; deben tener estas tentaciones de fuego, para que, siendo probados en el fuego, salgan como *«oro siete veces purificado.»*

Tienen ansiedades mentales. Que estas tampoco les parezcan una maravilla. Son parte del destino de todos los santos del Altísimo. Además, tendrán que soportar los ataques de Satanás —deben atravesar *el valle de sombra de muerte*, y luchar con Apolión como lo hizo Christian— no están exentos de la dureza de la guerra cristiana.

Si quieren subir la colina, deben escalar. Si han de ganar la corona, deben ganarla por pura fuerza. No piensen que esto es algo extraño. Y si al hacer el bien, encuentran dificultades, que eso no los haga tambalear. Es justo y natural. Les digo de nuevo: si hay algún camino en el que no haya fuego, tiemblen. Pero si su suerte es dura, den gracias a Dios por ello.

Si sus sufrimientos son grandes, bendigan al Señor por ellos, y si las dificultades en su camino son muchas, supérenlas por la fe, pero que no los desanimen. Tengan buen ánimo y esperen en el Señor, grabando esto constantemente en sus mentes: que Él no ha prometido guardarlos del problema, sino preservarlos en él.

No está escrito: «*Te salvaré del fuego*», sino «*Te salvaré en el fuego*» —no «*Apagaré las brasas*», sino «*No te quemarán.*» No, «*Apagaré el horno*», sino «*Las llamas no prenderán en ti.*» Escribanlo y esperen que se haga realidad —que en este mundo tendrán tribulación. Solo sigan a su glorioso Líder, sea a través de inundaciones o llamas.

II. Pasemos ahora a nuestro segundo punto: hay UN PELIGRO TERRIBLE.

La promesa del texto se basa en una profecía que la sigue. Al recorrer el capítulo con la vista, veo que nos dice cómo Dios enseñó a su pueblo con cosas terribles en el pasado, y cómo tiene lecciones terribles que enseñarles en el futuro. Si los juicios de Egipto, y de Etiopía, y de Seba, han quedado atrás, tenemos destinos sorprendentes que se nos presentan.

Hay un pueblo que debe ser reunido y nosotros seremos los agentes para reunirlo. *No temas*, dice el Señor, aunque camines por el fuego al cumplir Mi misión. Dios habla al norte: «*Entrega*», y al sur: «*No retengas. Trae a mis hijos de lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra.*» Pero la actitud de Egipto se repite de nuevo.

El monarca dijo: «*No los dejaré ir.*» Los celos se avivan. El fuego arde, y sus carbones tienen una llama vehemente. Y los que salen de la esclavitud de este mundo deben caminar por el fuego— así como los que salieron de Egipto tuvieron que pasar por el agua. Ese fuego de profecía no es una ficción poética; es fuego real. Quemará. Si no quema al creyente, no es por falta de energía— es porque se le impone una restricción sobrenatural o se le concede una protección sobrenatural al santo.

Hermanos míos, la iglesia ha tenido la muy dolorosa experiencia de que la persecución es un fuego que sí quema. ¿Cuántos ministros de Cristo, cuando llegó el día de la tribulación, abandonaron sus rebaños y huyeron? Cuando el rey Eduardo VI estaba en el trono, muchos profesaban ser protestantes y predicaban la justificación por la fe.

Cuando María regresó, el vicario de Bray fue solo un ejemplo de una gran clase —sus principios eran conservar su beneficio. Cuando de nuevo Isabel subió al trono, muchos encontraron provechoso profesar la fe reformada.

Pero cuando se aprobaron las Actas de Uniformidad, por las cuales aquellos que hasta entonces habían usado una libertad cristiana en la Iglesia de Inglaterra fueron expulsados, algunos dijeron que no amaban la prelación, sino que la odiaban. Mientras que otros que hasta entonces habían profesado las viejas doctrinas puritanas— descubriendo que sus beneficios se perderían por ello —se aferraron a este mundo, y dejaron que las cosas del otro mundo se las arreglaran solas.

Demasiados han abandonado la iglesia como Demas abandonó a Pablo. Su piedad no resistiría el fuego — podían caminar con Cristo con zapatillas de plata— pero no podían ir descalzos. No tenían ninguna objeción a acompañarlo a su trono, pero tenían algunas ligeras dificultades para ir con él a su cruz. No les importaría soportar el peso de su gloria, pero el peso de la cruz de la tribulación era demasiado grande para sus constituciones. La persecución es un fuego que sí quema.

De nuevo —veo la iniquidad desatada por todas partes. Sus llamas son avivadas por cada viento de la moda. Y nuevas víctimas son constantemente arrastradas. Se extiende a todas las clases. Ni el palacio ni la cabaña están a salvo. Ni los imponentes edificios levantados para el comercio, ni la elegante edificación construida para el culto.

La iniquidad, cuyo contagio es tan temible como el fuego, se extiende y se alimenta de todas las cosas que son hogareñas y decorosas —las cosas útiles y las cosas sagradas no están exentas. Debemos caminar por el fuego. Nosotros, que somos testigos de Dios, debemos permanecer en medio de él, para verter los arroyos de agua viva sobre el combustible ardiente —y si no somos capaces de apagarlo— al menos debemos esforzarnos por evitar su propagación.

Hay jóvenes cuyas pasiones juveniles, inflamables como son, aún no se han encendido. Están en peligro inminente. «¡Fuego! ¡Fuego!» bien podemos gritar. Podemos dar la alarma esta mañana a ti, joven, que te encuentras en medio de compañeros irreverentes. ¡Puedo gritar «Fuego!» a ti que te ves obligado a vivir en una casa donde estás perpetuamente tentado al mal. ¡Puedo gritar «Fuego!» a ti que eres señalado cada día y tienes que soportar el desprecio de los impíos —«¡Fuego!» a ti que estás perdiendo tus bienes y sufriendo en la carne, pues muchos han perecido por ello. ¡Oh! Que Dios te conceda fuerza.

Hoy veo ante mis ojos los esqueletos ennegrecidos de cientos de profesiones prometedoras. Multitudes —multitudes han perecido en el valle de la tentación, quienes una vez, a todo juicio humano, parecían encaminados al cielo y hacían una demostración en la carne. ¡Cuántos, también, han caído bajo los ataques de Satanás! Este es un fuego que verdaderamente quema.

Muchos han dicho: «*Seré un peregrino.*» Pero se han encontrado con Apolión en el camino y han regresado. Muchos se han puesto la armadura, pero han abandonado la batalla pronto —han puesto la mano en el arado y han mirado atrás. Hay más de una columna de sal. Si la esposa de Lot fuera un espécimen solitario, estaría bien —pero ha habido decenas de miles que, como ella, han mirado atrás a las llanuras de Sodoma, y como ella, en su espíritu, se han mantenido para siempre como lo que eran: almas perdidas.

No debemos mirar nuestros peligros con desprecio. Son peligros. Son pruebas —debemos mirar nuestras tentaciones como fuegos. ¡Oh, son fuegos! Si creen que no son fuegos, están equivocados. Si

entran entonces, con sus propias fuerzas, diciendo: «*Oh, puedo soportarlos*», descubrirán que son fuegos reales que, con lenguas bifurcadas, lamerán su sangre y la consumirán en un instante, si no tienen una guardia mejor que su propio poder de criatura.

III. No me detendré más aquí, porque quiero llegar a la esencia y el meollo de la promesa. «Aunque pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti.» (Isaías 43:2) Aquí hay UN SEGURO DOBLE.

El Dr. Alexander, un eminente y admirable comentarista estadounidense, afirma que parece haber un error en la traducción aquí, porque cree que las dos oraciones constituyen un anticlímax. "No serás quemado." Y luego sigue: "ni la llama arderá en ti." Sin embargo, me parece que en la segunda cláusula, tenemos la gradación superior de un clímax. "No serás quemado," hasta la destrucción de tu vida, ni siquiera chamuscado para causarte la lesión más superficial, pues "la llama no arderá en ti."

Así como cuando los tres jóvenes santos salieron del horno de fuego, se dice: *El fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni un solo cabello de sus cabezas se había chamuscado; ni sus ropas habían cambiado, ni el olor a fuego había impregnado en ellos.* Así, el texto me parece enseñar que la iglesia cristiana, bajo todas sus pruebas, no ha sido consumida, sino más que eso, no ha perdido nada por sus pruebas.

La iglesia del Señor nunca ha sido destruida por sus perseguidores y sus pruebas. Han creído haberla aplastado, pero ella sigue viva. Habían imaginado haberle quitado la vida, pero ella resurgió más vigorosa que antes. Supongo que no hay nación de la que la iglesia de Cristo haya sido expulsada por completo.

Incluso España, que al fin parecía haberlo logrado con las más perseverantes barbaridades, todavía encuentra algunos creyentes que son una espina en el costado de su fanatismo. Y en cuanto a nuestra propia denominación, en el mismo país donde, por las masacres más espantosas, se creyó que la secta de los anabaptistas había sido completamente extinguida, nuestro buen y estimado hermano, el Sr. Oncken, ha sido el medio para revivirla, de modo que en toda Alemania, y en partes de Dinamarca, Prusia, Polonia e incluso la propia Rusia, hemos surgido a una existencia nueva, vigorosa e incluso maravillosa.

Y en Suecia, donde, bajo el gobierno luterano, se han promulgado los edictos más persecutorios contra nosotros, nos ha asombrado encontrar, en un plazo de diez años, trescientas iglesias surgir de repente, pues la verdad lleva en sí una semilla viva que no puede ser destruida.

Pero he dicho que la iglesia no solo no pierde su existencia, sino que no pierde nada en absoluto. La iglesia nunca ha perdido sus números. Las persecuciones la han aventado y han expulsado la paja,

pero ni un solo grano de trigo ha sido quitado del montón. Es más, ni siquiera en la comunión visible la iglesia ha disminuido por la persecución.

Es como Israel en Egipto. Cuanto más eran afligidos, más se multiplicaban. ¿Fue un obispo ejecutado hoy? Diez jóvenes se presentaron a la mañana siguiente ante el pretor romano y se ofrecieron a morir, habiendo sido bautizados esa misma noche en lugar del ministro fallecido, habiendo hecho su confesión de fe para ocupar su puesto. "Yo ocupó la vacante en la iglesia y luego muero como él lo hizo."

¿Fue una mujer estrangulada o torturada públicamente? Veinte mujeres aparecieron al día siguiente y anhelaron sufrir como ella sufrió, para honrar a Cristo. ¿Acaso la Iglesia de Roma, en tiempos más modernos, quemó a uno de nuestros gloriosos reformadores, Juan Hus, y no surgió luego Martín Lutero, como si las cenizas de Hus hubieran engendrado a Lutero?

Cuando Wycliffe falleció, ¿no ayudaron sus mismos perseguidores a difundir sus doctrinas, y no se encontraron cientos de jóvenes que en cada ciudad-mercado de Inglaterra leían las Escrituras de los lolardos y proclamaban la fe lolarda? Y así, confiad en ello, siempre será.

Ponle un mal nombre a un perro y lo ahorcas. Ponle un mal nombre a un cristiano y lo honras. Dale a cualquier cristiano un mal nombre, y en poco tiempo una denominación cristiana adoptará ese nombre, y se convertirá en un título de honor. Cuando a George Fox le llamaron "cuáquero", era un nombre extraño, para reírse; pero esos hombres de Dios que le siguieron también se llamaron a sí mismos cuáqueros, y así perdió su reproche.

Llamaron "metodistas" a los seguidores de Whitefield y Wesley; ellos tomaron el título de metodistas y se convirtió en una designación respetable. Cuando muchos de nuestros antepasados bautistas, perseguidos en Inglaterra, se fueron a América para buscar refugio, imaginaron que entre los puritanos tendrían un descanso perfecto. Pero la libertad de conciencia puritana significaba: "El derecho y la libertad de pensar como ellos, pero ninguna tolerancia para aquellos que diferían."

Los puritanos de Nueva Inglaterra, tan pronto como un bautista hizo su aparición entre ellos, lo persiguieron con tan poca compasión como los episcopalianos habían perseguido a los puritanos. No bien había un bautista, era rastreado y llevado ante sus propios hermanos cristianos. Fíjense, fue llevado para multa, encarcelamiento, confiscación y destierro, ante los mismos hombres que habían sufrido persecución.

¿Y cuál fue el efecto de esto? El efecto ha sido que en América, donde fuimos perseguidos, somos el cuerpo de cristianos más grande. Donde el fuego ardió con mayor furia, allí se enseñó la buena y antigua doctrina calvinista, y el bautista se hizo más decididamente bautista que en cualquier otro lugar, con la mayor pureza y la menor escoria.

Tampoco hemos perdido jamás la firmeza de nuestro asidero sobre la doctrina fundamental por la cual nuestros antepasados tiñeron de sangre la pila bautismal, a pesar de todas las pruebas y persecuciones que se nos han impuesto, y nunca lo haremos.

Sobre toda la iglesia, al final, no habrá ni siquiera el olor a fuego. La veo salir del horno. La veo avanzar cuesta arriba hacia su gloria final con su Señor y Maestro, y los ángeles miran sus vestiduras. No están rotas. No, los colmillos de sus enemigos no han podido hacer ni un solo desgarro en ellas.

Se acercan a ella. Contemplan sus rizos sueltos y no están crujientes por el calor; miran sus propios pies, y aunque ha pisado las brasas, no tienen ampollas, y sus ojos no se han secado por la furia de la llama calentada siete veces. Ella ha sido hecha más hermosa, más bella, más gloriosa por los fuegos, pero no ha sido herida, ni puede serlo.

Dirígete, entonces, al cristiano individual, y recuerda que la promesa permanece igualmente firme e inquebrantable con cada creyente. Cristiano, si eres verdaderamente un hijo de Dios, tus pruebas no pueden destruirte, y lo que es aún mejor, no puedes perder nada por ellas. Puedes parecer perder por hoy, pero cuando la cuenta se ajuste, no se te encontrará perdedor ni por un céntimo por todas las tentaciones del mundo o todos los ataques de Satanás que hayas soportado.

Es más, serás maravillosamente el ganador. Tus pruebas, habiendo forjado paciencia y experiencia, te harán rico. Tus tentaciones, habiéndote enseñado tus debilidades y mostrándote dónde reside tu fuerza, te harán fuerte.

Desde tu primera dificultad hasta que el último enemigo sea destruido, no perderás ni una fracción, jota o tilde, por nada de lo que Dios en su providencia, o el mundo en su furia, o Satanás en su astucia, puedan jamás imponerte. Sobre ti no habrá pasado el olor a fuego. No serás quemado, ni tus ropas, ni tus sombreros, sino que, como los hombres de los que lees en Daniel, serás preservado completamente intacto de la llama.

Hay aquí un hermano que durante los últimos tres o cuatro meses ha experimentado ola tras ola de aflicción; todo le sale mal. Es un comerciante íntegro, honesto e infatigable, sin embargo, haga lo que haga, su patrimonio se consume como la nieve ante el sol. Parece que para cada uno de sus barcos, el viento sopla en dirección equivocada, y donde otros ganan con la empresa, él lo pierde todo.

«Ve cada día nuevas estrecheces venir, Y se pregunta cuándo terminará la escena».

Cuando hablé de caminar por el fuego hace un momento, él dijo: "¡Ah! eso es lo que he estado haciendo. He estado caminando por él estos meses, solo Dios y mi propia alma saben cuán caliente está el horno." Hermano, ¿llevarás a casa mi texto esta mañana? Quizás Dios te envió aquí no por el sermón, sino por el texto. Quizás hoy paseaste por aquí, no siendo un asistente regular, a propósito para que este texto pudiera consolarte.

Cuando pases por el fuego, no te quemarás. Cuando tus problemas hayan terminado, tú seguirás allí, y lo que es más, *ni la llama arderá en ti.* Cuando llegue el momento de la conclusión, no serás el perdedor. Mientras crees haber perdido sustancia, encontrarás, al leer la Escritura, que solo pierdes sombras. Tu sustancia siempre estuvo a salvo, guardada en la custodia de Cristo en el cielo.

Descubrirás al final que estas pruebas tuyas fueron las mejores cosas que te pudieron pasar. Llegará el día en que dirás con David: *Cantaré de juicio y de misericordia. Antes de ser afligido, me descarrié, pero ahora he guardado tu palabra.*

O quizás hay aquí alguna joven, y el caso que estoy a punto de describir es muy común, ¡ay!, demasiado común en esta ciudad. Amas al Salvador, hermana mía, pero eres muy pobre y tienes que ganarte la vida por el más triste de todos los medios. Cuando el sol sale por la mañana, Él te ve con la aguja en la mano,

Cosiendo a la vez con un hilo doble; Un sudario y también una camisa,

y durante todo el día apenas tienes tiempo para descansar y comer. Y al anochecer, cuando los dedos están gastados y los ojos pesados, tendrás la necesidad de abstenerte de dormir porque la mísera paga es tan pequeña que apenas puedes vivir con ella. Conocemos a cientos de personas de esa clase que siempre nos obligan a compadecernos, porque trabajan muy duro por tan poco salario.

Quizás tu madre ha muerto, y a tu padre no le importas, él es un borracho empedernido, y quizás te daría pena encontrarte con él en la calle. No tienes ayuda, no tienes amigos. No te importa contárselo a nadie. No te gustaría aceptar nada si la caridad te lo ofreciera. Sientes que es lo más difícil de todo ser tentada como lo eres.

Te parece que junto al camino está el camino abierto a la abundancia, y en cierto grado al deleite. Pero has dicho: "No, no," y has aborrecido la tentación, y te has mantenido firme, y he sabido cómo, año tras año, algunas de ustedes han luchado contra la tentación y han seguido adelante, cuando a veces estaban casi hambrientas. Pero no cometerías esta gran maldad contra Dios.

Hermana mía, te ruego que tomes el aliento de este texto para fortalecerte en las futuras batallas. Has estado pasando por los fuegos, pero aún no te has consumido, y bendigo a Dios, *sobre tus vestiduras el olor a fuego no ha pasado.* Sigue adelante, hermana mía, sigue adelante, a través de toda la tristeza que tienes y toda la amargura que es lo suficientemente pesada como para aplastar tu espíritu. Sigue adelante, porque tu Maestro te ve. Él te animará y fortalecerá, y te sacará más que vencedora de todo al final.

Me dirijo también esta mañana a algunas mentes jóvenes. Jóvenes que aman a Cristo, y tan pronto como llegan a casa después de asistir a la casa de oración, la pregunta burlona de sus compañeros de

trabajo es: "Supongo que has estado en alguna iglesia." ¡Qué crueles son a veces los jóvenes mundanos con los jóvenes cristianos!

Cruel, porque cuando hay una docena de mundanos y un solo cristiano, ellos consideran que es honorable que la docena se abalance sobre uno. Doce hombres grandes y altos a veces pensarán que es un juego divertido pasarse de mano en mano a un muchachito de quince años, y burlarse y mofarse de él. Se dice que hay honor entre ladrones, pero parece que no hay honor en absoluto entre los mundanos cuando se encuentran con un joven cristiano de esta manera.

Bien, joven, lo has soportado. Has dicho: "Mantendré mi lengua y no diré una palabra," *aunque tu corazón ardía dentro de ti, y mientras meditabas, el fuego se encendió*. Recuerda lo que a menudo te he dicho: el yunque no se rompe aunque sigas golpeándolo, pero rompe todos los martillos. Haz tú lo mismo.

Solo persevera y estos fuegos no te consumirán. Si los fuegos quemaran tu piedad, solo probaría que tu piedad no valía la pena. Si no puedes soportar unas pocas bromas y burlas, entonces no estás edificado en esa morada de Dios que Él ha hecho a prueba de fuego. Soporta, y al final encontrarás que esta dura suerte tuya, esta severa disciplina, te hizo mucho bien y te convirtió en un hombre mejor de lo que hubieras sido si hubieras sido mimado en el regazo de la piedad y mantenido alejado de la batalla.

En años posteriores, tu alto y eminente puesto de utilidad puede deberse, quizás, a la severa y dura disciplina a la que fuiste sometido en tu juventud. *Bueno es al hombre llevar el yugo en su juventud*.

O quizás, estoy hablando con alguien que ha encontrado oposición de sus propios parientes impíos. Recuerda cómo Jesús dijo: «He venido para echar fuego en la tierra, ¿y qué quiero, si ya está encendido? De ahora en adelante, habrá cinco en una casa divididos: dos contra tres y tres contra dos» (Lucas 12:49, 52).

Quizás tu padre te ha amenazado, o lo que es aún más amargo, tu marido te ha amenazado con abandonarte. Ahora sí que estás caminando por los fuegos. Él critica tu piedad, se burla de todo lo que amas y hace todo lo posible con crueldad para romper tu corazón. Mi querida hermana en Cristo, no serás quemada por el fuego.

Si la gracia está en tu corazón, el diablo no puede expulsarla, mucho menos tu marido. Si el Señor te ha llamado por su gracia, todos los hombres en la tierra y todos los demonios en el infierno no pueden revertir el llamamiento, y al final encontrarás que no has sufrido ninguna pérdida; la llama no ha prendido en ti. Pasarás por el fuego y bendecirás a Dios por ello.

Desde el lecho de muerte, o al menos a través de las puertas del Paraíso, mirarás hacia atrás al sendero oscuro del camino y dirás que estuvo bien; estuvo bien para mí tener que cargar esa cruz y que ahora se me permite llevar esta corona.

¿Quién está del lado del Señor esta mañana en esta congregación? Mientras JEHOVÁ habla en lo alto con el trueno, hablemos nosotros en la tierra con tonos de seriedad. ¿Quién está del lado del Señor entre ustedes? Los que no lo están, sean advertidos: «Tofet está dispuesto desde antiguo; él lo ha hecho profundo y ancho. Su hoguera es fuego y mucha leña; el aliento de Jehová, como un torrente de azufre, lo enciende» (Isaías 30:33).

Ustedes que están de su lado, levanten hoy sus banderas. Él dice: «No temas, porque yo estoy contigo; cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti» (Isaías 43:2). Que el Señor bendiga las palabras que hemos pronunciado. Aunque sugeridas apresuradamente a nuestra mente y débilmente entregadas a ustedes, que el Señor las bendiga por amor de Cristo.

Tomado de *The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection*. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de puntuación, la capitalización de los pronombres de deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido es íntegro. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en www.spurgeongems.org.